

Políticas Culturales

y Cooperación
Internacional
para la diversidad
y la equidad

por **Lucina Jiménez**

Ilustración **Laura Bustos**



Políticas, cooperación y globalización

En la inauguración del I Campus de Cooperación Euroamericano, en el año 2000, Alfons Martinell llamaba la atención en torno a los “nuevos retos emergentes”, a las responsabilidades del sector cultural en el sentido de “integrar y aceptar su necesaria respuesta a los problemas de globalización. Una política cultural”, decía, “no puede plantearse en la actualidad de espaldas a las dinámicas de internacionalización que se están produciendo”¹.

Y es que ante la globalización, de nada sirve la adopción de medidas de repliegue o de reacción defensiva. Más allá de las estrategias de resistencia de los pueblos, necesitamos impulsar profundos

replanteamientos de las bases teóricas y de las estrategias de acción tradicional de los Estados en el campo de la cultura, a fin de construir una globalización ascendente que oriente hacia la democracia, la diversidad y la equidad los diálogos nacionales, interregionales y transcontinentales entre América Latina y Europa.

Ciertamente en este lustro se han introducido nuevos elementos en la agenda de la cooperación cultural internacional que, por fortuna, trascienden la visión de la “ayuda”, para entenderla más como construcción internacional de estrategias que respondan a las realidades que la globalización y el desarrollo regional y local subrayan como urgentes, en un mundo donde el respeto a la diferencia debe traducirse en políticas de Esta-

do y acuerdos internacionales en favor de la diversidad.

La cooperación internacional ha de verse entonces como una responsabilidad social en la perspectiva de romper las desigualdades entre naciones pobres y ricas y contribuir con las políticas nacionales a disminuir las desigualdades internas de nuestros propios países, donde las culturas y comunidades indígenas padecen todavía realidades de marginación o exclusión, que ponen en duda, en ciertos casos, la organización misma de los Estados nacionales.

(1) MARTINELL SAMPERE, Alfons, “Cooperación cultural internacional y globalización”. En: *Cooperación cultural Euroamericana, I Campus Euroamericano de Cooperación Cultural*. Barcelona, España, 15 al 18 de octubre de 2000, p. 25.

La diversidad cultural puesta como tema central de la cooperación cultural es clave en un momento en el que la mercantilización global tiende a volverlo todo mercancía, al grado en que los países y sus culturas comienzan a mirarse como una “marca” susceptible de comercializarse en el mundo.

Por fortuna, unos días después de celebrado el Campus, la UNESCO aprobó luego de dos años de debates, la Convención Internacional sobre la Protección de la Diversidad en los Contenidos Culturales y las Expresiones Artísticas, con una votación casi unánime entre todos los países, a excepción de Estados Unidos e Israel que se manifestaron en contra. Esta convención supone la adopción de políticas públicas por parte de los Estados nacionales para promover y dar cauce a la diversidad cultural.

El gran reto es cómo transformar las políticas culturales de nuestros días, fruto de una visión de modernidad que ha hecho crisis, para transitar a la defensa de los derechos culturales individuales y colectivos, a una vida digna, al reconocimiento de la diversidad, para abrir cauce a la democracia y al desarrollo equilibrado.

Nuestro desafío es crear nuevas maneras de pensar y asumir nuestra condición de fragmentación, desorden y multitemporalidad para definir el locus desde el cual queremos actuar en el escenario internacional.

Medio ambiente, desarrollo y cultura

Este comienzo del siglo XXI coloca a los Estados nacionales y al mundo entero ante fuertes retos. Acaso el más grave de todos sea el que se refiere a la salvaguarda de la vida misma en el planeta, pues sin vida no hay cultura posible.



El desequilibrio del medio ambiente, la problemática del agua y de la energía, los riesgos de la biodiversidad y el franco ecocidio son alertas que cuestionan nuestros puntos de referencia científico-técnicos y culturales respecto al sentido del desarrollo y reclaman acciones locales, nacionales e internacionales contundentes tendientes a una transformación de las prácticas culturales en relación con el entorno. Necesitamos impulsar nuevas maneras de comportamiento y de relación con el medio, que nos permitan avanzar en la perspectiva del desarrollo sustentable.

No sólo es importante la recuperación del conocimiento tradicional del manejo, cuidado y preservación de los recursos naturales, sino el desarrollo de nuevas estrategias de gestión de este patrimonio y el impulso a la cooperación internacional e interlocal, en relación con el desarrollo sustentable. En ese sentido, se vuelven indispensables políticas de vinculación entre cultura y medio ambiente, así como la participación de nuestros países en la llamada Agenda 21, la cual se orienta hacia la cooperación para el desarrollo local y municipal.

Replantear el lugar del Estado y fortalecer a la sociedad civil

Una realidad de partida es que la cooperación internacional en el espacio Iberoamericano y euroamericano avanza no sólo entre los gobiernos centrales, que de hecho aún actúan con cierta rigidez, sino sobre todo entre regiones, ciudades, municipios, organizaciones civiles y privadas, agrupaciones artísticas, artistas individuales, investigadores y comunidades.

Sin embargo, para poder crecer y tener mayor resonancia, la cooperación internacional necesita descansar en una reestructuración de las políticas culturales de nuestras naciones, a fin de reconstruir el espacio público de la cultura, el cual ha sido debilitado por el mercantilismo y la privatización de los consumos culturales propios de la globalización.

Necesitamos redimensionar y trascender el papel del Estado latinoamericano, en relación con las políticas culturales para no quedarse simplemente como distribuidor de recursos cada vez menores, ni de bienes y servicios cuyo papel tiene que redefinirse ante los nuevos contextos globales, los comportamientos de los públicos y los impactos del desarrollo tecnológico.

Es menester trabajar en el diseño de políticas culturales capaces de ver la cultura no sólo como recurso ético y estético, sino de colocarla en las agendas nacionales e internacionales para el desarrollo. Necesitamos políticas orientadas hacia la constitución de un sector con posibilidades de acción transversal e intersectorial y eso pasa por un conjunto de transformaciones de mediano plazo que reclaman acciones urgentes.

Una condición básica para iniciar esa transformación es trascender las concep-

ciones de política cultural heredadas de las aristocracias europeas del siglo XVIII, para dar atención a los nuevos campos emergentes en donde las culturas se reorganizan, bajo la influencia de medios masivos e industrias culturales hoy en manos de consorcios transnacionales, frente a la ausencia de apoyos a la producción local y a las pequeñas y medianas empresas culturales.

Necesitamos diversificar las industrias culturales e incorporar contenidos culturales y artísticos a los medios, si no queremos que el melodrama se siga imponiendo como único género dramático familiar y que la violencia y el espectáculo de la devastación se amplifiquen en nuestras pantallas a partir de un relativismo permisivo donde todo cabe y donde ya nada impacta. Ni las bombas, ni la corrupción, ni la degradación del medio ambiente.

Y necesitamos hacerlo ya además, porque mientras los Estados nacionales luchan por redefinir sus campos y modalidades de intervención para la recuperación del espacio público, y a veces por hacer sobrevivir sus propias instituciones, las empresas multinacionales mueven dinero en la cultura, acrecientan sus esquemas y campos de atención, influyendo de manera decisiva en los espacios de entretenimiento, producción audiovisual y los medios de comunicación, y por supuesto, en la definición de los rostros de las naciones.

La actualización del reloj de las políticas culturales supone un esfuerzo por redefinir el sentido y el quehacer de las estructuras institucionales en que descansa la organización del quehacer cultural en cada país, ya que muchas veces son estas grandes estructuras las que atrapan la mayor parte de la atención del Estado, reduciéndose considerablemente los radios de acción de la acción estatal a la mera acción administrativa gubernamental, generándose grandes espacios de vacío en relación con los nuevos procesos culturales.

Necesitamos un Estado que no sólo administre sus instituciones, sino que sea capaz de conectar el adentro y el afuera, de dar pauta a la generación de nuevas reglas de intervención de los diferentes agentes sociales, de generar espacio social para el desarrollo de las iniciativas culturales autónomas y territoriales ligadas al fortalecimiento de los derechos culturales, el mejoramiento de la calidad de vida y del ejercicio de la ciudadanía cultural.

El fortalecimiento mismo de la sociedad civil en la mayoría de nuestros países es condición para ampliar las bases de la democracia y la diversidad cultu-

redes de cooperación artística y cultural o al surgimiento de nuevas comunidades virtuales o transnacionales que pueden actuar en beneficio de la diversidad, que comparten estrategias y generan comunidades transnacionales de gestión de la cultura.

Políticas culturales hacia la sustentabilidad

El fortalecimiento del Estado no supone solamente la lucha al interior de las estructuras de Gobierno por más recursos económicos, cuestión sin duda fundamental, sino que implica fortale-

●●● La cooperación cultural internacional está estrechamente ligada a la posibilidad de las naciones de reenfocar las agendas nacionales, involucrar a nuevos agentes sociales y poner la cultura en el centro de nuevas políticas de carácter transversal.

ral, supone la voluntad estatal de recuperación del espacio público y las posibilidades de reconstituir el tejido social a partir de la participación y el fomento a la creatividad social.

En ese sentido, importa el replanteamiento de los vínculos entre cultura, educación y comunicación a partir de esquemas formales y no formales, para el fomento del pensamiento crítico, la autoestima, las habilidades expresivas y la capacidad de transformación del entorno.

La participación de agentes sociales emergentes da lugar a nuevas formas de acción local e internacional, al tejido de

cer su capacidad normativa en torno a las competencias de diferentes agentes (iniciativa privada, organizaciones autónomas, agrupaciones artísticas, etc.) en terrenos hoy profundamente diferentes a los de mediados del siglo XX, época en la que fueron impulsadas la mayoría de las instituciones culturales que pertenecen al Estado y que fueron vistas en su momento como los instrumentos únicos de intervención en la vida cultural.

El desnudamiento de la dimensión económica de los procesos culturales y la reducción de los presupuestos dedicados a la cultura por parte de los Estados, ponen a debate los nichos ecológicos en

los que las artes y la cultura se desarrollan, los cuales apuntan en varios casos hacia una franca descapitalización por la falta de inversión y la falta de recuperación de recursos a partir de la distribución, circulación y disfrute de los bienes y servicios culturales.

Este enfoque que retoma la perspectiva de la ecología de la cultura nos obliga a pensar en nuevas estrategias que permitan impulsar una nueva aspiración de sostenibilidad en los procesos culturales y artísticos, íntimamente ligadas a la búsqueda de nuevas y variadas posibilidades de reconexión de la vida cultural con nuevos contextos sociales. Este enfoque hacia la sostenibilidad no debe confundirse, sin embargo, con un interés de dejarse arrastrar por los aires mercantiles que respiramos todos los días.

La actualización de las políticas culturales es importante en múltiples campos como los relativos a las propias condiciones para el financiamiento de la cultura, las estrategias y formas de gestión de las organizaciones culturales, y sobre todo en campos como los derechos de autor y la propiedad intelectual, frente al *copyright*, el impacto de la tecnología en la reproductibilidad y la piratería. Muchos de estos campos reclaman la creación de plataformas internacionales de debate y de concertación.

De igual manera, se requiere pensar los derechos culturales tanto de la ciudadanía en lo individual, como los derechos colectivos de las comunidades, ante la creciente expropiación y explotación de sus recursos naturales y patrimonio cultural tangible e intangible, el cual por cierto, hay que mirar con ojos contemporáneos ante la explosión del desarrollo urbano, la necesidad de rearticulación de los poderes centrales y locales, el impacto del turismo y los intereses, orientación e impactos de la inversión privada.



Políticas para la diversidad

El protagonismo de las regiones y de los espacios locales, así como la movilización de ciudadanos, comunidades y artistas de un lugar a otro colocan a todos los países frente a retos interculturales de gran dimensión.

La migración voluntaria y forzada de miles de ciudadanos y las diásporas de los últimos años que afectan a diversos grupos humanos, han propiciado una profunda transformación de las cartografías culturales de Europa, América Latina y Estados Unidos. La sola existencia de millones de latinoamericanos en Estados Unidos y la creciente migración africana y latinoamericana a Europa, ponen en tensión los diseños de los sistemas nacionales de educación, los servicios públicos y las políticas culturales en los ámbitos locales, las cuales se debaten no sólo frente a su capacidad de atención y cobertura, sino a sus propias orientaciones frente a la diversidad cultural, la convivencia, diálogo y confrontación entre diferentes visiones del mundo.

Ahora se requieren políticas culturales y educativas basadas no sólo en un discurs-

so relativista de respeto al otro, sino en orientaciones y capacidades de comunicación y diálogo intercultural, es decir, de convivencia entre culturas con diferentes matices no sólo occidentales o indígenas, a fin de poder enfrentar las contradicciones y tensiones que se generan entre culturas que comparten espacios, muchas veces en circunstancias de conflicto. Atender esta necesidad se vuelve cada vez más urgente.

Cooperación internacional, ética global y equidad

Mientras en la Unión Europea se desarrolla el debate de la diversidad y la unificación, aún en medio del NO a la Constitución Única, América Latina enfrenta múltiples debilidades para la cooperación interregional: las dificultades y el costo de las comunicaciones, la monopolización de los medios de difusión, la pobreza, el debilitamiento de los Estados frente al mercado internacional no sólo en materia de cultura, sino en general. La fragilidad aún presente de las organizaciones autónomas de la cultura contribuyen a volver más complejas esas dificultades.

Esfuerzos como los del MERCOSUR, la OEI, el Pacto Andino o el Convenio Andrés Bello y la OEA son significativos. A ello se suma la necesidad de replantear el debate en torno al TLC entre México, Estados Unidos y Canadá, en el marco de las políticas regionales.

Retomo aquí con cierta libertad algunas ideas expresadas en la Reunión de Pensar Iberoamérica, auspiciada por la OEI y coordinada por Néstor García Canclini en México y Brasil, en 2002:

“La democracia requiere de políticas activas de regulación de las relaciones entre naciones, entre culturas y entre actores sociales, tanto a nivel nacional

como interregional e intercontinental, lo que supone cuestionar las hegemonías y la normalización de la globalización, la desigualdad de los intercambios y el mercantilismo para instalar en cambio diálogos de construcción conjunta de agendas que fortalezcan las posibilidades de acción local, pero con perspectivas internacionales².

El impulso al debate polifónico en torno a las políticas culturales y de la cooperación es fundamental para no alentar y sobre todo no permitir un nuevo reparto de mercados o de nuevas conquistas culturales disfrazadas de cooperación.

En cambio, necesitamos acuerdos internacionales que favorezcan la creación de redes de ciudades, de artistas, de investigadores, la creación de corredores culturales, de circuitos translocales y de medios comunicativos internacionales, requerimos impulsar la multiplicación de espacios de confluencia virtual o presencial para dar cauce a la creatividad, a la producción artística y al desarrollo de nuevos públicos, de nuevos vínculos entre cultura y sociedad.

Igualmente, la cooperación internacional puede ayudar a construir espacios y herramientas que impulsen la investigación a escala internacional. Necesitamos compartir y sistematizar iniciativas y buenas prácticas de gestión cultural. Requerimos del impulso de nuevos observatorios culturales, de nuevos centros de distribución cultural, de nuevos circuitos para la producción y la creación

●●● Necesitamos acuerdos internacionales que favorezcan la creación de redes de ciudades, de artistas, de investigadores, la creación de corredores culturales, de circuitos translocales y de medios comunicativos internacionales.

artística y audiovisual. Un espacio fundamental para la cooperación es la propia formación de profesionales en políticas culturales y en gestión cultural que permitan la profesionalización del sector, a fin de introducir orientaciones más pertinentes, más contemporáneas, en un campo emergente y en constante transformación.

No se trata de hacer un gran listado para ensanchar la agenda. Se trata de compartir la definición de las prioridades y de encontrar los mejores mecanismos para que, a través de las diferentes estructuras y flujos de la cooperación, se avance hacia nuevas formas de intercambio equitativo y de democracia internacional.

La cooperación cultural internacional está estrechamente ligada a la posibilidad de las naciones de reenfoque las agendas nacionales, involucrar a nuevos agentes sociales y poner la cultura en el

centro de nuevas políticas de carácter transversal, intersectorial y de carácter prospectivo, haciendo énfasis en los retos que el mundo global plantea a nuestras naciones para fomentar la calidad de vida, la democracia, la equidad y el equilibrio en el planeta.

Este Campus habrá de permitirnos enriquecer nuestras perspectivas y posibilidades de acción. Desde nuestros pequeños o grandes espacios, necesitamos trabajar por un nuevo orden mundial por la diversidad y el pluralismo, por el derecho de nuestros pueblos a ocupar un locus con dignidad y pertinencia en el planeta. La ética y la inteligencia multiplicada pueden apoyar este apasionante momento que vivimos.

(2) GARCÍA CANCLINI, Néstor, citando a José Jorge Carvalho. *Iberoamérica 2002: diagnóstico y propuestas para el desarrollo cultural*. OEI, Santillana, 2002. p. 366.

Lucina Jiménez

Lucina Jiménez es maestra en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa de México. Es autora de libros, ensayos y artículos, entre los que destacan *Teatro y públicos*, *El lado oscuro de la sala* (2000) y *Cultura y sustentabilidad en Iberoamérica* (2005), editado junto con Eduard Delgado, Jesús Martín Barbero y Renato Ortiz. Tiene más de 20 años de experiencia en la docencia, la investigación y la gestión cultural. Fue Directora General del Centro Nacional de las Artes de México. Actualmente es consultora internacional en políticas culturales, educación artística y desarrollo de públicos y escribe sobre políticas culturales en el periódico *El Universal*.

Su última publicación editada en 2006, en colaboración con Sabina Berman, se titula *Democracia Cultural*.